

La Ilíada (Luis Segalá y Estalella)/Canto XIX

< [La Ilíada \(Luis Segalá y Estalella\)](#)

Sumario

vv. 1 y ss.
vv. 8, 9, 10 y 11
vv. 12 y ss.
vv. 21 y ss.
vv. 28 y ss.
vv. 37, 38 y 39
vv. 40 y ss.
vv. 56 y ss.
vv. 74, 75, 76 y 77
vv. 78 y ss.
vv. 101 y ss.
vv. 106 y ss.
vv. 112 y ss.
vv. 121, 122, 123 y 124
vv. 125 y ss.
vv. 134 y ss.
vv. 145 y ss.
vv. 154 y ss.
vv. 184 y ss.
vv. 198 y ss.
vv. 215 y ss.
vv. 238 y ss.
vv. 258 y ss.
vv. 266 y ss.
vv. 270 y ss.
vv. 276 y ss.
vv. 282 y ss.
vv. 287 y ss.
vv. 301, 302, 303 y 304
vv. 305, 306, 307 y 308
vv. 309 y ss.
vv. 315 y ss.
vv. 338, 339, 340 y 341
vv. 342 y ss.
vv. 349 y ss.
vv. 400, 401, 402 y 403

vv. 404, 405, 406 y 407

vv. 408 y ss.

vv. 418 y 419

vv. 420, 421, 422 y 423

vv. 424 y 425

vv. 1 y ss.

Eos, de azafranado velo, se levantaba de la corriente del Océano para llevar la luz a los dioses y a los hombres, cuando Tetis llegó a las naves con la armadura que Hefesto le entregara. Halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver de Patroclo, llorando ruidosamente, y en torno suyo a muchos amigos que derramaban lágrimas. La divina entre las diosas se puso en medio, asió la mano de Aquileo, y hablóle de este modo:

vv. 8, 9, 10 y 11

—¡Hijo mío! Aunque estamos afligidos, dejemos que ése yazga, ya que sucumbió por la voluntad de los dioses; y tú recibe la armadura fabricada por Hefesto, tan excelente y bella como jamás varón alguno la haya llevado para proteger sus hombros.

vv. 12 y ss.

La diosa, apenas acabó de hablar, colocó en el suelo delante de Aquileo las labradas armas, y éstas resonaron. A todos los mirmidones les sobrevino temblor; y sin atreverse a mirarlas de frente, huyeron espantados. Mas Aquileo, así que las vio, sintió que se le recrudecía la cólera; los ojos le centellearon terriblemente, como una llama, debajo de los párpados; y el héroe se gozaba teniendo en las manos el espléndido presente de la deidad. Y cuando hubo deleitado su ánimo con la contemplación de la labrada armadura, dirigió a su madre estas aladas palabras.

vv. 21 y ss.

—¡Madre mía! El dios te ha dado unas armas como es natural que sean las obras de los inmortales y como ningún hombre mortal las hiciera. Ahora me armaré, pero temo que en el entretanto penetren las moscas por las heridas que el bronce causó al esforzado hijo de Menetio, engendren gusanos, desfiguren el cuerpo —pues le falta la vida— y corrompan todo el cadáver

vv. 28 y ss.

Respondióle Tetis, la diosa de los argentados pies: — Hijo, no te preocupe el ánimo tal pensamiento. Yo procuraré apartar los importunos enjambres de moscas, que se ceban en la carne de los varones muertos en la guerra. Y aunque estuviera tendido un año entero, su cuerpo se conservaría igual o mas fresco que ahora. Tú convoca a junta a los héroes aqueos, renuncia a la cólera contra Agamemnon, pastor de pueblos, ármate en seguida para el combate y revístete de valor

vv. 37, 38 y 39

Dicho esto, infundióle fortaleza y audacia, y echó unas gotas de ambrosía y rojo néctar en la nariz de Patroclo, para que el cuerpo se hiciera incorruptible.

vv. 40 y ss.

El divino Aquileo se encaminó a la orilla del mar, y dando horribles voces, convocó a los héroes aqueos. Y cuantos solían quedarse en el recinto de las naves y hasta los pilotos que las gobernaban y como dispenseros distribuían los víveres, fueron entonces a la junta; porque Aquileo se presentaba, después de haberse abstenido de combatir durante mucho tiempo. El intrépido Tidida y el divino Odiseo, ministros de Ares, acudieron cojeando, apoyándose en el arrimo de la lanza —aún no tenían curadas las graves heridas— y se sentaron delante de todos. Agamemnón, rey de hombres, llegó el último y también estaba herido, pues Coón Antenórida había clavado su broncea pica. Cuando todos los aqueos se hubieron congregado, levantándose entre ellos, dijo Aquileo, el de los pies ligeros:

vv. 56 y ss.

—¡Atrida! Mejor hubiera sido para entrambos continuar unidos que sostener, con el corazón angustiado, roedora disputa por una muchacha. Así la hubiese muerto Artemis en las naves con una de sus flechas el mismo día que la cautivé al tomar a Lirneso; y no habrían mordido el anchuroso suelo tantos aquivos como sucumbieron a manos del enemigo mientras duró mi cólera. Para Héctor y los troyanos fue el beneficio, y me figuro que los aqueos se acordarán largo tiempo de nuestra altercación. Mas dejemos lo pasado, aunque nos hallemos afligidos, puesto que es preciso refrenar el furor del pecho. Desde ahora depongo la cólera, que no sería razonable estar siempre irritado. Mas ea, incita a los aqueos, de larga cabellera, a que peleen; y veré, saliendo al encuentro de los troyanos, si querrán pasar la noche junto a los bajeles. Creo que con gusto se entregará al descanso el que logre escapar del feroz combate, puesto en fuga por mi lanza.

vv. 74, 75, 76 y 77

Así habló; y los aqueos, de hermosas grebas, holgarónse de que el magnánimo Pelida renunciara a la cólera. Y el rey de hombres Agamemnón les dijo desde su asiento, sin levantarse en medio del concurso:

vv. 78 y ss.

—¡Oh amigos, héroes dánaos, ministros de Ares. Bueno será que escuchéis sin interrumpirme, pues lo contrario molesta aun al que está ejercitado en el hablar. ¿Cómo se podría oír o decir algo en medio del tumulto producido por muchos hombres? Hasta un orador, elocuente se turbaría. Yo me dirigiré al Pelida; pero vosotros, los demás argivos, prestadme atención y cada uno comprenda bien mis palabras. Muchas veces los aqueos me han increpado por lo ocurrido, y yo no soy el culpable, sino Zeus, el Hado y la Furia, que vaga en las tinieblas; los cuales hicieron padecer a mi alma, durante la junta, cruel ofuscación el día en que le arrebaté a Aquileo la recompensa. Mas ¿qué podía hacer? La divinidad es quien lo dispone todo. Hija veneranda de Zeus es la pernicioso Ate, a todos tan funesta: sus pies son delicados y no los acerca al suelo, sino que anda sobre las cabezas de los hombres, a quienes causa daño, y se apodera de uno, por lo menos, de los que contienden. En otro tiempo fue aciaga para el mismo Zeus, que es tenido por el más poderos de los hombres y de los dioses; pues Hera, no obstante ser hembra, le engañó cuando Alcmena había de parir al fornido Heracles en Tebas, ceñida de hermosas murallas. El dios, gloriándose, dijo así ante todas las deidades:

vv. 101 y ss.

—Oídmelos todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el pecho mi corazón me dicta. Hoy Ilitia, la que preside los partos, sacará a luz un varón que, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de mi sangre, reinará sobre todos sus vecinos.

vv. 106 y ss.

Respondióle con astucia la venerable Hera:—Mientes, y no cumplirás lo que dices. Y si no ea, Zeus Olímpico, jura solemnemente que reinará sobre todos sus vecinos el niño que, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de tu sangre, caiga hoy a los pies de una mujer:

vv. 112 y ss.

—Tal dijo: Zeus, no sospechando el dolo, prestó el gran juramento que tan funesto le había de ser. Hera dejó en raudo vuelo la cima del Olimpo, y pronto llegó a Argos de Acaya, donde vivía la esposa ilustre de Esténelo Perseida. Y como ésta se hallara encinta de siete meses cumplidos, la diosa sacó a luz el niño, aunque era prematuro, y retardó el parto de Alcmena, deteniendo a las Ilitias. Y en seguida participóselo a Jove Cronión, diciendo:

vv. 121, 122, 123 y 124

—¡Padre Zeus, fulminador! Una noticia tengo que dartte. Ya nació el noble varón que reinará sobre los argivos: Euristeo, hijo de Esténelo Perseida, descendiente tuyo. No es indigno de reinar sobre aquéllos.

vv. 125 y ss.

Tales fueron sus palabras y un agudo dolor penetró el alma del dios, que, irritado en su corazón, cogió a Ate por los nítidos cabellos y prestó solemne juramento de que Ate, tan funesta a todos, jamás volvería al Olimpo y al cielo estrellado. Y volteándola con la mano, la arrojó del cielo. En seguida llegó Ate a los campos cultivados por los hombres. Y Zeus gemía por causa de ella, siempre que contemplaba a su hijo realizando los penosos trabajos que Euristeo le impusiera.

vv. 134 y ss.

Por esto, cuando el gran Héctor, de tremolante casco, mataba a los argivos junto a las popas de las naves, yo no podía olvidarme de Ate, cuyo funesto influjo había experimentado. Pero ya que falté y Zeus me hizo perder el juicio, quiero aplacarte y hacerte muchos regalos, y tú marcha al combate y anima a los demás guerreros. Voy a dartte cuanto ayer te ofreció en tu tienda el divino Odiseo. Y si quieres, aguarda, aunque estés impaciente por combatir, y mis servidores traerán de la nave los presentes para que veas si son capaces de apaciguar tu ánimo los que te brindo.

vv. 145 y ss.

Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros: —¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamemnon! Luego podrás regalarme estas cosas, como es justo, o retenerlas. Ahora pensemos solamente en la batalla. Preciso es que no perdamos el tiempo hablando, ni difiramos la acción —la gran empresa está aún por acabar— para que vean nuevamente a Aquileo entre los combatientes delanteros, aniquilando

con su broncea lanza las falanges teucras. Y vosotros pensad también en combatir con los enemigos.

vv. 154 y ss.

Contestó el ingenioso Odiseo: — Aunque seas valiente, deiforme Aquileo, no exhortes a los aqueos a que peleen en ayunas con los teucros, cerca de Ilión, que no durará poco tiempo la batalla cuando las falanges vengan a las manos y la divinidad excite el valor de ambos ejércitos. Ordénales, por el contrario, que en las veleras naves se sacien de manjares y vino, pues esto da fuerza y valor. Estando en ayunas no puede el varón combatir todo el día, hasta la puesta del sol, con el enemigo: aunque su corazón lo desee, los miembros se le entorpecen, le rinden el hambre y la sed, y las rodillas se le doblan al andar. Pero el que pelea todo el día con los enemigos saciado de vino y de manjares tiene en el pecho un corazón audaz y sus miembros no se cansan antes que todos se hayan retirado de la lid. Ea, despide las tropas y manda que preparen el desayuno; el rey de hombres Agamemnón traiga los regalos en medio de la junta para que los vean todos los aqueos con sus propios ojos y te regocijes en el corazón; jure el Atrida, de pie entre los argivos, que nunca subió al lecho de Briseida ni yació con la misma, como es costumbre, oh rey, entre hombres y mujeres; y tú, Aquileo, procura tener en el pecho un ánimo benigno. Que luego se te ofrezca en el campamento un espléndido banquete de reconciliación, para que nada falte de lo que se te debe. Y el Atrida sea en adelante más justo con todos, pues no se puede reprender que se apacigüe a un rey a quien primero se injuriara.

vv. 184 y ss.

Dijo entonces el rey de hombres Agamemnón: —Con agrado escuché tus palabras, Laertiada, pues en todo lo que narraste y expusiste has sido oportuno. Quiero hacer el juramento: mi ánimo me lo aconseja, y no será para un perjurio mi invocación a la divinidad. Aquileo aguarde, aunque esté impaciente por combatir, y los demás continuad reunidos aquí hasta que traigan de mi tienda los presentes y consagremos con un sacrificio nuestra fiel amistad. A ti mismo te lo encargo y ordeno: escoge entre los jóvenes aqueos los más principales; y encaminándoos a mi nave, traed cuanto ayer ofrecimos a Aquileo, sin dejar las mujeres. Y Taltibio, atravesando el anchuroso campamento aquivo, vaya a buscar y prepare un jabalí para inmolarlo a Zeus y Helios.

vv. 198 y ss.

Replicó Aquileo, el de los pies ligeros: — ¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamemnón! Todo esto debierais hacerlo cuando se suspenda el combate y no sea tan grande el ardor que inflama mi pecho. ¡Yacen insepultos los que hizo sucumbir Héctor Priámida cuando Zeus le dio gloria, y vosotros nos aconsejáis que comamos! Yo mandaré a los aqueos que combatieran en ayunas, sin tomar nada, y que a la puesta del sol, después de vengar la afrenta, celebraran un gran banquete. Hasta entonces no han de entrar en mi garganta ni manjares ni bebidas, porque mi compañero yace en la tienda, atravesado por el agudo bronce, con los pies hacia el vestíbulo y rodeado de amigos que le lloran. Por esto, ni regalos ni banquetes interesan a mi espíritu, sino tan sólo la matanza, la sangre y el triste gemir de los guerreros.

vv. 215 y ss.

Respondióle el ingenioso Odiseo: —¡Oh Aquileo, hijo de Peleo, el más valiente de todos los aquivos! Eres más fuerte que yo y me superas no poco en el manejo de la lanza; pero te aventajo mucho en el pensar, porque nací antes y mi experiencia es mayor. Acceda, pues, tu corazón a lo que voy a decir. Pronto se cansan los hombres de pelear, si, haciendo caer el bronce muchas espigas al suelo, la mies es escasa porque Zeus, el árbitro de la guerra humana, inclina al otro lado la balanza. No es justo que los aqueos lloren al muerto con el vientre, pues siendo tantos los que sucumben unos en pos de otros todos los días, ¿cuándo podríamos respirar sin pena? Se debe enterrar con ánimo firme al que muere y llorarle un día, y luego cuantos hayan escapado del combate funesto piensen en comer y

beber para vestir otra vez el indomable bronce y pelear continuamente y con más tesón aún contra los enemigos. Ningún guerrero deje de salir aguardando otra exhortación, que para su daño la esperará quien se quede junto a las naves argivas. Vayamos todos juntos y excitemos al cruel Ares contra los teucros, domadores de caballos.

vv. 238 y ss.

Dijo, mandó que le siguiesen los hijos de Néstor, Meges Filida, Toante, Meriones, Licomedes Creontíada y Melanipo, y encaminóse con ellos a la tienda de Agamemnón Atrida. Y apenas hecha la proposición, ya estaba cumplida. Lleváronse de la tienda los siete trípodes que el Atrida había ofrecido, veinte calderas relucientes y doce caballos; e hicieron salir siete mujeres, diestras en primorosas labores, y a Briseida, la de hermosas mejillas, que fue la octava. Al volver, Odiseo iba delante con los diez talentos de oro que él mismo había pesado, y le seguían los jóvenes aqueos con los presentes. Pusieronlo todo en medio de la junta, y alzóse Agamemnón, teniendo a su lado a Taltibio, cuya voz parecía la de una deidad, sujetando con la mano a un jabalí. El Atrida sacó el cuchillo que llevaba colgado junto a la gran vaina de la espada, cortó por primicias algunas cerdas del jabalí y oró, levantando las manos a Zeus; y todos los argivos, sentados en silencio y en buen orden, escuchaban las palabras del rey. Este alzando los ojos al anchuroso cielo hizo esta plegaria:

vv. 258 y ss.

—Sean testigos Zeus, el más excelso y poderoso de los dioses, y luego la Gea, Helios y las Erinies que, debajo de la Tierra castigan a los muertos que fueron perjuros, de que jamás he puesto la mano sobre la moza Briseida para yacer con ella ni para otra cosa alguna; sino que en mi tienda ha permanecido intacta. Y si en algo perjuraré, envíenme los dioses los muchísimos males con que castigan al que, jurando, contra ellos peca.

vv. 266 y ss.

Dijo; y con el cruel bronce degolló al jabalí, que Taltibio arrojó, haciéndole dar vueltas, al gran abismo del espumoso mar para pasto de los peces. Y Aquileo, levantándose entre los belicosos argivos habló en estos términos:

vv. 270 y ss.

—¡Padre Zeus! Grandes son los infortunios que mandas a los hombres. Jamás el Atrida me hubiera suscitado el enojo en el pecho, ni hubiese tenido poder para arrebatar me la moza contra mi voluntad; pero sin duda quería Zeus que muriesen muchos aqueos. Ahora id a comer para que luego trabemos el combate.

vv. 276 y ss.

Así se expresó, y al momento disolvió la junta. Cada uno volvió a su respectiva nave. Los magnánimos mirmidones se hicieron cargo de los presentes, y llevándolos hacia el bajel del divino Aquileo, dejáronlos en la tienda, dieron sillas a las mujeres, y servidores ilustres guiaron a los caballos al sitio en que los demás estaban.

vv. 282 y ss.

Briseida, que a la dorada Afrodita se asemejaba, cuando vio a Patroclo atravesado por el agudo bronce, se echó sobre el mismo y prorrumpió en fuertes sollozos, mientras con las manos se golpeaba el pecho, el delicado cuello y el lindo rostro. Y llorando, aquella mujer semejante a una diosa, así decía:

vv. 287 y ss.

—¡Oh Patroclo, amigo carísimo al corazón de esta desventurada! Vivo te dejé al partir de la tienda, y te encuentro difunto al volver, oh príncipe de hombres. ¡Cómo me persigue una desgracia tras otra! Vi al hombre a quien me entregaron mi padre y mi venerable madre, atravesado por el agudo bronce al pie de los muros de la ciudad; y los tres hermanos queridos que mi padre me diera, murieron también. Pero tú, cuando el ligero Aquileo mató a mi esposo y tomó la ciudad del divino Mines, no me dejabas llorar, diciendo que lograrías que yo fuera la mujer legítima del divino Aquileo, que éste me llevaría en su nave a Ptía y que allí, entre los mirmidones, celebraríamos el banquete nupcial. Y ahora que has muerto, no me cansaré de llorar por ti, que siempre has sido afable.

vv. 301, 302, 303 y 304

Así dijo llorando, y las mujeres sollozaron, aparentemente por Patroclo, y en realidad por sus propios males. Los caudillos aqueos se reunieron en torno de Aquileo y le suplicaron que comiera; pero él se negó, dando suspiros:

vv. 305, 306, 307 y 308

—Yo os ruego, si es que alguno de mis compañeros quiere obedecerme aún, que no me invitéis a saciar el deseo de comer o de beber; porque un grave dolor se apodera de mi. Aguardaré hasta la puesta del sol y soportaré la fatiga.

vv. 309 y ss.

Cuando esto hubo dicho, despidió a los reyes, y solo se quedaron los dos Atridas, el divino Odiseo, Néstor, Idomeneo y el anciano Fénix para distraer a Aquileo, que estaba profundamente afligido. Pero nada podía alegrar el corazón del héroe, mientras no entrara en sangriento combate. Y acordándose de Patroclo, daba hondos y frecuentes suspiros y así decía:

vv. 315 y ss.

—En otro tiempo, tú, infeliz, el más amado de los compañeros, me servías en esta tienda, diligente y solícito, el agradable desayuno cuando los aqueos se daban prisa por trabar el luctuoso combate con los teucros, domadores de caballos. Y ahora yaces, atravesado por el bronce, y yo estoy ayuno de comida y de bebida, a pesar de no faltarme, por la soledad que de ti siento. Nada peor me puede ocurrir ni que supiera que ha muerto mi padre, el cual quizás llora allá en Ptía por no tener a su lado un hijo como yo, mientras peleo con los teucros en país extranjero a causa de la odiosa Helena; ni que falleciera mi hijo amado, que se cría en Esciros, si el deiforme Neoptólemo vive todavía. Antes, el corazón abrigaba en mi pecho la esperanza de que sólo yo perecería en Troya, y de que tú, volviendo a Ptía, irías en una veloz nave negra a Esciros, recogerías a mi hijo y le mostrarías todos mis bienes: las posesiones, los esclavos y el palacio de elevado techo. Porque me figuro que Peleo ya no existe, y si le queda un poco de vida, estará afligido, se verá abrumado por la odiosa vejez y temerá siempre recibir la triste noticia de mi muerte.

vv. 338, 339, 340 y 341

Así dijo, llorando, y los caudillos gimieron, porque cada uno se acordaba de aquellos a quienes había dejado en su respectivo palacio. El Cronión, al verlos sollozar se compadeció de ellos, y al instante dirigió a Atenea estas aladas palabras:

vv. 342 y ss.

—¡Hija mía! Desamparás de todo en todo a ese eximio varón. ¿Acaso tu espíritu ya no se cuida de Aquileo? Hállase junto a las naves de altas popas, llorando a su compañero amado; los demás se fueron a comer, y él sigue en ayunas y sin probar bocado. Ea, ve y derrama en su pecho un poco de néctar y ambrosía para que el hambre no le atormente.

vv. 349 y ss.

Con tales palabras instigó a hacer lo que ella misma deseaba. Atenea emprendió el vuelo, cual si fuese un halcón de anchas alas y aguda voz, desde el cielo, a través del éter. Ya los aquivos se armaban en el ejército, cuando la diosa derramó en el pecho de Aquileo un poco de néctar y de ambrosía deliciosa, para que el hambre molesta no hiciera flaquear las rodillas del héroe, regresando en seguida al sólido palacio del prepotente padre. Los guerreros afluyeron a un lugar algo distante de las veleras naves. Cuán numerosos caen los copos de nieve que envía Zeus y vuelan helados al impulso del Bóreas, nacido en el éter; en tan gran número veíase salir del recinto de las naves los refulgentes cascos, los abollonados escudos, las fuertes corazas y las lanzas de fresno. El brillo llegaba hasta el cielo; toda la tierra se mostraba risueña por los rayos que el bronce despedía, y un gran ruido se levantaba de los pies de los guerreros. Armábase entre éstos el divino Aquileo: rechinándole los dientes, con los ojos centelleantes como encendida llama y el corazón traspasado por insoportable dolor, lleno de ira contra los teucros, vestía el héroe la armadura regalo del dios Hefesto, que la había fabricado. Púsose en las piernas elegantes grebas ajustadas con broches de plata: protegió su pecho con la coraza; colgó del hombro una espada de bronce guarnecida con argénteos clavos, y embrazó el grande y fuerte escudo, cuyo resplandor semejaba desde lejos al de la Luna. Como aparece el fuego encendido en sitio solitario de la cumbre de un monte a los navegantes que vagan por el mar, abundante en peces, porque las tempestades los alejaron de sus amigos; de la misma manera, el resplandor del hermoso y labrado escudo de Aquileo llegaba al éter. Cubrió después la cabeza con el fornido yelmo que brillaba como un astro; y a su alrededor ondearon las áureas y espesas crines que Hefesto había colocado en la cimera. El divino Aquileo probó si la armadura se le ajustaba, y si, llevándola puesta, movía con facilidad los miembros; y las armas vinieron a ser como alas que levantaban al pastor de hombres. Sacó del estuche la lanza paterna, ponderosa, grande y robusta que, entre todos los aqueos, solamente él podía manejar: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelión y regalada por Quirón al padre de Aquileo para que con ella matara héroes. En tanto, Automedonte y Alcimo se ocupaban en uncir los caballos: sujetáronlos con hermosas correas, les pusieron el freno en la boca y tendieron las riendas hacia atrás, atándolas a la fuerte silla. Sin dilación cogió Automedonte el magnífico látigo y saltó al carro. Aquileo, cuya armadura relucía el como el fúlgido Sol, subió también y exhortó con horribles voces a los caballos de su padre:

vv. 400, 401, 402 y 403

—¡Janto y Balio, ilustres hijos de Podarga! Cuidad de traer salvo al campamento de los dánaos al que hoy os guía; y no lo dejéis muerto en la liza como a Patroclo.

vv. 404, 405, 406 y 407

Y Janto, el corcel de ligeros pies, bajó la cabeza —sus crines, cayendo en torno de la extremidad del yugo, llegaban al suelo—, y habiéndole dotado de voz Hera, la diosa de los níveos brazos, respondió de esta manera:

vv. 408 y ss.

—Hoy te salvaremos aún, impetuoso Aquileo; pero está cercano el día de tu muerte, y los culpables no seremos nosotros, sino un dios poderoso y el hado cruel. No fue por nuestra lentitud ni por nuestra pereza por lo que los teucros quitaron la armadura de los hombros de Patroclo; sino que el dios fortísimo, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera, matóle entre los combatientes delanteros y dio gloria a Héctor. Nosotros correríamos tan veloces como el soplo del Céfiro, que es tenido por el más rápido. Pero también tú estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un mortal.

vv. 418 y 419

Dichas estas palabras, las Erinies le cortaron la voz. Y muy indignado, Aquileo, el de los pies ligeros, así le habló:

vv. 420, 421, 422 y 423

—¡Janto! ¿Por qué me vaticinas la muerte? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre y de mi madre; mas con todo eso, no he de descansar hasta que harte de combate a los teucros.

vv. 424 y 425

Dijo; y dando voces, dirigió los solípedos caballos por las primeras filas.

◀ [Canto XVIII](#)

Canto XIX

[Canto XX](#) ▶

Obtenido de [https://es.wikisource.org/w/index.php?title=La_Ilíada_\(Luis_Segalá_y_Estalella\)/Canto_XIX&oldid=990802](https://es.wikisource.org/w/index.php?title=La_Ilíada_(Luis_Segalá_y_Estalella)/Canto_XIX&oldid=990802)

Esta página se editó por última vez el 14 may 2019 a las 02:27.

El texto está disponible bajo la [Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 3.0](#) pueden aplicarse términos adicionales. Véase [Términos de uso](#) para más detalles.